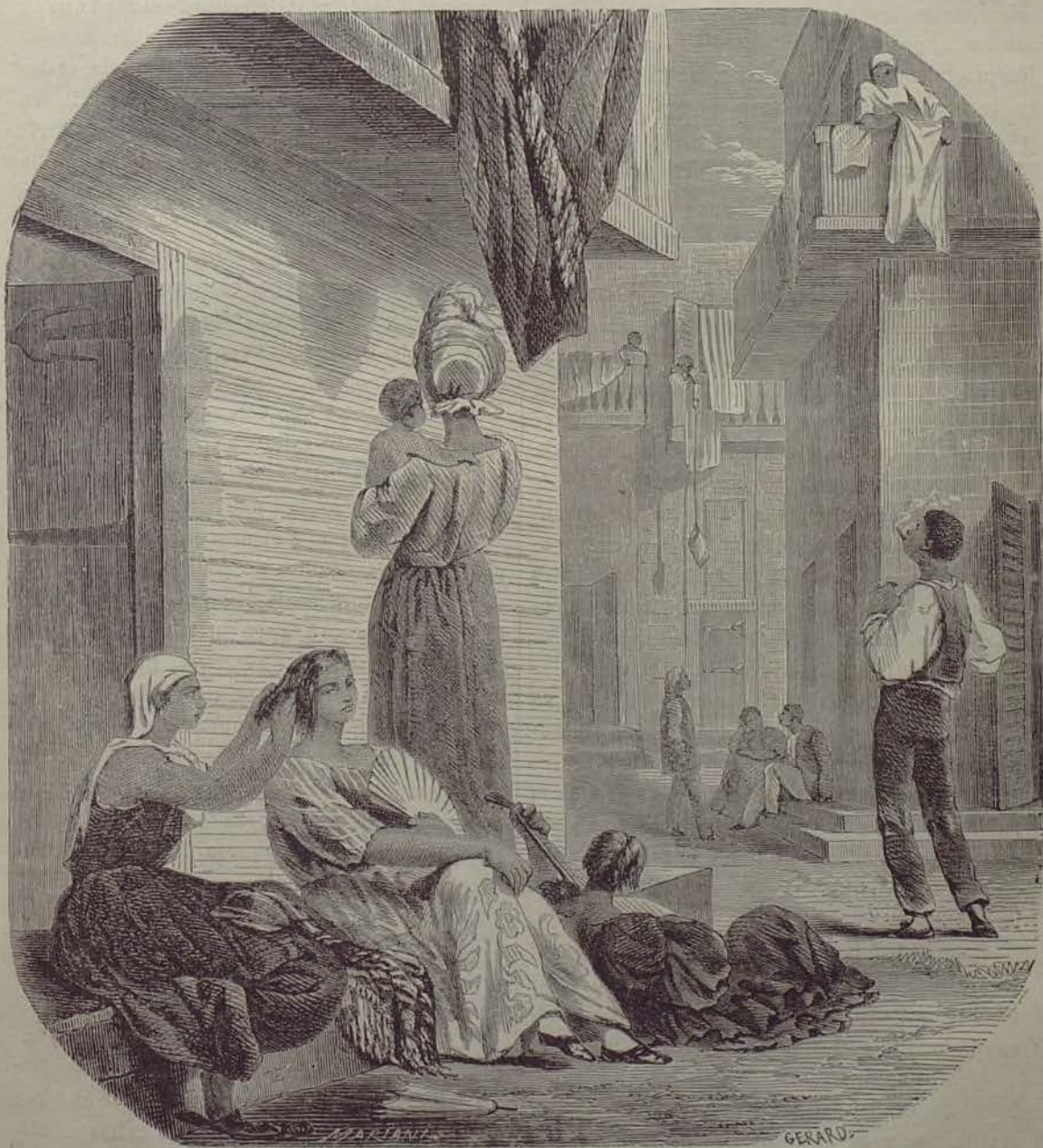


SEMANARIO FAMILIAR PINTORESCO.

SUMARIO: Aspinwall, por *Ricardo Cortambert*.—Expedición al centro de la Florida, por *H. de la Blanchère*.—Edgar Poe y sus obras, por *Julio Verne*.—**GALERIA DE CELEBRIDADES:** Carlos Gounod, por *F. Nacente*.—Ana Severin, por *M. Craven*. **CIENCIA FAMILIAR:** Lluvia y buen tiempo, por *Arturo Mangin*.—**SECRETOS DE TOCADOR:** Medios para embellecer

y preservar la piel de las alteraciones por influencia exterior.—Agua virginal de arroz.—Agua cosmética.—Jardinería de salón.—**MODAS:** Traje de paseo.—Traje de campo.
GRABADOS: Tipos, costumbres y casas de madera de los habitantes de Aspinwall.—Fausto.—El escarabajo de oro.—Modas: Traje de paseo.—Traje de campo.

ASPINWALL.



Tipos, costumbres y casas de madera de los habitantes de Aspinwall.

ASPINWALL.

EL CAZADOR VALRAN.

POR

RICARDO CORTAMBERT.

I.

Los norte-americanos constituyen, con los ingleses, el pueblo más osado y acaparador que existe en la tierra: corren, apuñean, cazan, luchan, se enriquecen de polo á polo. Tienen alma de hulla, puño de hierro, ánimo de fuego, y se precipitan á todo vapor, como sus vagones y barcos, con gran peligro de esplosion ó de choque.

¿Quién puede oponerse á la obra de asimilación de esos intrépidos anglo-americanos, que se estienden por el Nuevo Mundo, derribando obstáculos como la ola del mar enfurecido destruye las débiles barreras alzadas por la mano de un niño?

¿Quién detiene esa marcha de los audaces civilizadores, que no temen los reveses de la fortuna, ni los padecimientos, ni aun la muerte?

Circula por su sangre británica esa gran virtud de las naciones fuertes, la constancia, de la cual se han hecho una arma terrible.

Nada les detiene: salvar las distancias inmensas de los mares, horadar montañas que se oponen á su paso, socavar la tierra á profundidades enormes, roturar desiertos para trocarlos en comarcas civilizadas, nada les detiene: para ellos todo es cuestion de hombres y capitales.

¡Adelante! esta es su divisa: en pos de ellos va la muerte ó la bancarrota, nada importa. *Adelante!* ¡adelante siempre!

En el Norte América, como esplica la famosa balada alemana, los muertos pasan de prisa y sin meter ruido. Allí cae un hombre, acá sucumben ciento... ¿qué significa! ciento, mil les reemplazan, y ¡adelante!

En cuanto á la bancarrota, es el bautismo casi inevitable del hombre que se lanza en pos de la fortuna, y á nadie se le ocurre que puede haber en ello mengua ni deshonor.

Merced á tan incansable actividad, el Nuevo Mundo, mecido ayer en la infancia, se puebla y civiliza, se pone al frente de los pueblos mas avanzados.

La América central no escapa á la soberanía intelectual de los anglo-americanos, que, revólver

al cinto y azadon en mano, ahuyentan al enemigo con la fuerza, y enarbolan victoriosamente y sin remordimiento alguno la mercantil bandera.

Prácticos y positivos por escelencia, han sido los primeros en comprender el porvenir del gran istmo de Panamá, y antes que se organizaran las Compañías colombianas, habian puesto los cimientos de la villa de Aspinwall en las riberas del mar de las Antillas, y por este solo hecho, abierto una poderosa vía de progreso á toda la region oriental del mundo de Colon.

En el Norte América un caserío pasa menos tiempo en adquirir los derechos de ciudad que en Europa una casa en poblarse de inquilinos.

Hace pocos años la isla de Manzanilla, es decir, el sitio en que se ostenta hoy Aspinwall, era un sitio cubierto de impenetrables selvas, barridas cada día por las olas del mar que sorprendia en sus juegos á los caimanes, los manitos, los monos y cien especies de parleros papagayos.

El viajero europeo mas atrevido no habria osado abrirse un camino por entre aquella guarida de reptiles que pululaban bajo el suelo, y se abrigan en las intrincadas espesuras de viñas silvestres y de nopales.

Los tripulantes que con sus naves recorrian aquellas aguas, no saltaban en tan inhospitalarias riberas, donde las calenturas pútridas no eran el menor azote pronto á martirizar á los viajeros.

Sin embargo, al c stear aquellas insalubres playas, los navegantes no podian menos de admirar la magnificencia de aquel paraíso de las fieras, y el a pecto á la vez portentoso y aterrador de las inmensas selvas vírgenes, habitadas por incalculable número de animales de toda especie, desde los mosquitos que zumban por el aire hasta los jaguares, cazadores nocturnos, que en aquella mansion cerrada al hombre, notenian mas que salir de su guarida, sin temor de competidores, para encontrar una presa fácil y segura: tenían allí una infinidad de aves de espléndidos colores que confundian su voz zumbona con los roncós gritos de los monos que se suspendian graciosamente de los bejucos y lianas, ó perseguian las cotorras y los burlones.

Las ágiles iguanas trepaban á los rotangos balanceándose en la cima de los tallos entrelazados; las boas se enroscaban perezosamente en torno de los troncos de paletuvios, y los caimanes aliñados en la arena abrian sus anchas fauces á la luz del sol, ó se precipitaban en el agua como las ranas en nuestros estanques.

Los europeos que con sus embarcaciones eran bastante temerarios para avanzar hasta muy cerca de Manzaniella, se contentaban en general con lanzar á los cuatro vientos exclamaciones de admiración á la vista de aquella naturaleza exuberante, pero se apresuraban á dar prisa al capitán para que diese la vela con rumbo á alta mar, y saliese cuanto antes de aquellos parajes malditos en que la muerte estaba de acecho tras cada mata de yerba y se escondía en los repliegues del céfiro mas blando, de la brisa mas juguetona.

Menos artistas los yankees, se entusiasmaban medianamente ante el mágico espectáculo de aquella vegetación tropical, y giraban una mirada ambiciosa por la magnífica bahía abierta al lado de Manzaniella, entre los promontorios de Limon y de Chagres, buscando la solución del problema referente al enlace de los dos Océanos.

Un célebre capitalista de Nueva York, el señor Aspinwall, fué, en 1850, uno de los primeros que se apoderaron de la idea de unir el Atlántico con el Pacífico por un ferro-carril, que partiendo de Manzaniella fuese á parar á Panamá.

(Se concluirá.)

EXPEDICION AL CENTRO DE LA FLORIDA.

EL OKICHOBÍ.

POR

J. DE LA BLANCHERE.

(Continuación.)

¿Qué hacer? Verdad es que Beines tenía su revólver y aun lo acariciaba en el bolsillo de su chaqueton; mas ¿cómo sacarlo, si al menor ademán en tal sentido el español le levantaría la tapa de los sesos con la mayor tranquilidad del mundo, sin detenerle la consideración de hallarse en medio de aquellos sabios geógrafos?...

Beines comprendió que había cometido el error de dejarse ganar por mano y que no podía hacer ningún alarde agresivo, so pena de emprender un repentino viaje al país de la eternidad.

—¡Caballero!—gritó con ahogada voz:—me dará usted satisfacción...

—Sí, señor,—replicó Meril;—mas no como usted imagina.

El yankee se quedó sin saber que contestar.

—Señores,—prosiguió el español con gravedad, volviéndose á los congregados, todavía asom-

brados y silenciosos:—¿hay alguno de vosotros que haya viajado por la Florida?

—Yo,—respondieron varias voces.

—Sí, pero hablo de la Florida meridional.

—Creo que no habrá mas que yo;—dijo el anciano Vaits, capitán del ejército federal.

—¿Entonces, capitán, tendreis la amabilidad de referirnos lo que sabeis del Okichobí? ¿Juzgais que es imposible atravesar las tierras que circundan este lago?

—En la época que yo estuve en la Florida, oí decir varias veces que algunos destacamentos de nuestras tropas, persiguiendo á los seminóles, habían llegado á las orillas del lago; pero yo no creí nada de ello jamás. Cuando hace poco he oído que el señor Beines nos prometía que podríamos llegar hasta el Okichobí, que se le podría dar la vuelta, que se le abriría á las comunicaciones, he temido que se arriesgase demasiado en sus promesas... Porque yo, señores, el que tiene el honor de hablaros en este momento, también he querido alguna vez llegar hasta el lago. He subido por el San Juan, y luego he procurado alcanzar el Kisimí para bajar por su corriente hasta el lago que tanto nos ocupa. Eramos ocho los que formamos esa expedición; yo solo quedé con vida, y ni siquiera llegué hasta el Kisimí...

—Pero hoy la derrota de los indios debe hacer mas fácil el viaje...

—Al contrario. No cabe dudar que las selvas, las *swamps*, han sido cruzadas en varios sentidos por las tropas; pero nada útil ha quedado de su paso; también es verdad que se pegó fuego á las aldeas de los indios; que las dispersas chozas y viviendas que había aisladas por aquellas soledades, mucho mas adentro que la colonización compacta, se destruyeron igualmente. Por lo tanto, no se puede contar con hallar morada alguna al este ni al norte del Okichobí. En cuanto al sud... no se puede ir por causa de las infranqueables *everglades*... ni aun pudiendo franquearlas... ¿sabeis lo que allí se encontraría? Los indios...

—¿Cómo!—esclamaron distintas voces.

—Sí, vais á decirme que *Oskeola* murió, que se rindieron los últimos seminóles, y que se los trasportó al *Indian Territory*. ¿Quién lo asegura? ¿quién lo sabe? Para asegurarlo sería preciso haber recorrido palmo á palmo todo el sud de la Florida, mirando debajo de cada raíz, escudriñando todos los aguazales, todos los agujeros y el fondo de todos los escondrijos, para ver si en ellos se esconde alguno; y eso ni se ha hecho nunca

ni se hará jamás. Si he de daros mi opinion franca y sincera, diré que en el norte no hay indios como tampoco al este, y quizás ni al oeste del lago; pero en el sud los hay, los debe haber; y, ¡ay del norte-americano que caiga en manos de los últimos seminóles!... Con todo, nada hay que temer, porque *no se puede ir por allí*.

—Observad, capitán, que esos indios, son hombres que viven...

—¡Oh! los indios no son hombres! El hombre, el hombre como vos y yo no puede vivir en las evergladas... ¿Sabeis acaso nadar en el cieno y barro como en el agua cristalina? ¿Sabriais vivir como un mono saltando de rama en rama, de raíz en raíz, de tronco en tronco por encima de un lodo líquido y sin fondo? ¿Acaso teneis la vida á prueba de la ponzaña de las víboras *snakes*? ¿Por ventura á los dos dias no habriais muerto de calenturas que desconocen los que allí no han estado? Señores, las costas de la Florida os prometen el mas hermoso país de la tierra; pero su interior es inhabitable. Por último, repito, el hombre no puede vivir allí, y cuando Dios quiso que hubiese seres en forma humana á orillas del Okichobí, crió un animal exprofeso, el seminol, único que pueda vivir en aquel espantoso territorio... Mas diré: estoy convencido hasta la evidencia de que los deportados en el *territorio indiano*, en medio de las grandes praderas, entre los hermosos afluentes del Misisipí, morirán pronto; porque esa gente no puede respirar un aire sano y puro formado para los pulmones de los hombres: ellos necesitan el de sus selvas corrompidas, que exhalan emanaciones deletereas, mortales para nosotros.

—¿Luego, capitán, vos creéis,—dijo el español,—que el Okichobí?...

—El Okichobí, caballero, es la muerte para el que se atreva á visitar sus orillas...

Todos los presentes habian escuchado atentamente las esplicaciones dadas por el veterano Vait. Mas calcúlese la atencion y el creciente asombro que en todos reinaria, cuando el jóven español continuó dirigiéndose á su adversario.

—Ahora bien, señor Beines. Ahí tiene usted lo que desea. Usted quiere arriesgar su vida en lucha con la mia... ¡bien, arriesguémosla!... Pero á lo menos que sea para alguna empresa útil. He querido que nadie pudiese dudar del peligro, para que nadie ose decir en tiempo alguno que un Meril retrocede ante la muerte. Ahora acabais de oír al distinguido capitán que con su prolon-

gada experiencia dice: «¡El Okichobí es la muerte!» ¡Pues bien, arrostrémosla! El colmillo de un aligátor, los dientes de una ponzoñosa culebra ó la flecha de un indio valen tanto como la bala de una pistola ó de una carabina. Pido de consiguiente á la *Sociedad Geográfica Norte-americana* que nos permita, al señor Beines y á mí, emprender, cada uno por su cuenta, una expedicion al *Okichobí*, con la garantía de la palabra que daremos de no volver sin haber descubierto el lago, y sin haberle dado la vuelta.

Reinó un instante de indecible sorpresa seguido de la mas entusiasta aprobacion.

Si en vez de ser español del Meril hubiera sido yankee, prolongados aplausos habrian resonado largo espacio en aquel recinto y fuera de él.

Los norte-americanos son muy amigos de lo extraño, y lo introducen aun en las cosas mas sencillas; pero especialmente les gusta en lo que reviste cierta grandeza. La manera original, pero noble, con que el español proponia ventilar su querella con el señor Beines, gustó tanto á los oyentes, que este habria salido mal librado si no aceptara la proposicion, tan útil en todo caso á los intereses de la Sociedad.

Por lo tanto, no tuvo el yankee mas remedio que aceptarla, y tomóse acta de la palabra que empeñaban ambos rivales de traer el mapa del Okichobí, ó perecer en la empresa.

—Pero...—dijo Beines sorprendido.

—¡No hay pero que valga!... ¿Retrocederia usted?—replicó el español con altivo desden.

Un silencio preñado de temores y recelos reinó por un momento en la asamblea: todos los labios estaban abiertos próximos á lanzar un grito; todos los pechos contenian anhelosos el aliento.

—No!—contestó de pronto Beines con acento ahogado.—Un yankee no retrocede ante la locura de un español, sea la que fuere.

—Entonces, queda convenido. Pero ahora, señores, falta arreglar una parte de la contienda: la eleccion de armas. En nuestra lucha las armas son las mayores probabilidades de la seguridad del viaje, puesto que serán la verdadera defensa de nuestra vida. Hé aquí, pues, lo que propongo...

—Silencio, atencion!—gritaron varias voces con febril interés.

—El lago Okichobí se estiende próximamente en medio de la superficie floridense: al este impiden su acceso las praderas del Kisimí; al oeste la Gran Pradera. Por consiguiente el camino de la costa al centro es tan peligroso por un lado co-

mo por otro. Al sud se estiende la region de las Evergladas; dejemosla libre y neutral para los dos exploradores, lo mismo que el norte con las inmensas selvas vírgenes que obstruyen el paso. Propongo, pues, señores, que delante de vosotros, decida la suerte por qué lado se dirigirá cada uno de los dos al lago Okichobí.

—Bravo!—esclamaron algunos no pudiendo reprimir su entusiasmo.

—¿Acepta el señor Saunderson Beines?—repuso don Julian dirigiéndose á su adversario.

—Acepto!

El presidente metió dos papeletas en un sombrero, y presentando esta improvisada urna al norte-americano asesor, este sacó un papel y se lo entregó. Desdoblólo con severa calma el presidente y dijo:

—Oeste!

—Está bien!—repuso Saunderson Beines.

Y salió.

Así terminó la memorable sesión del 7 de agosto de 187..., la mas agitada que hasta hoy haya señalado la existencia de la *Sociedad Geográfica de la América del Norte* en su sección de Nueva Orleans.

(Se continuará.)

EDGARDO POE Y SUS OBRAS.

por

JULIO VERNE.

(Continuación.)

A la vuelta de curiosas observaciones, en virtud de las cuales deja sentado que el hombre *verdaderamente* imaginativo, no es en suma mas que un analista, pone en escena á un amigo suyo, Augusto Dupin, con el cual vivía en París en un sitio retirado y solitario del arrabal de San German.

«Amigo mío,—dijo con extraño humor:—¿cómo definirlo pues? (hablaba de preferir la noche por amor á la noche: la noche era su pasión.) Y á mi vez caía yo en aquel ensueño extraño, como en todas las estravagancias que le eran propias, dejándome llevar por la corriente de sus singulares originalidades con entero abandono. No podía residir siempre con nosotros la tenebrosa divinidad; pero nosotros sabíamos hacerla ficticia. Al amanecer cerrábamos todos los pesados postigos y ventanas de nuestro cuchitril y encendíamos un par de bujías perfumadas, que solamente despedían rayos debísimos y pálidos.

«En el seno de aquella ténue claridad, entre-gábamos cada cual el alma á nuestros ensueños ó éxtasis, leíamos, escribíamos ó hablábamos, hasta que el péndulo nos avisaba la vuelta de la verdadera oscuridad.

«Nos lanzábamos entonces á través de calles y plazas, dándonos el brazo, continuando la conversacion del día, divagando al azar hasta hora muy adelantada y buscando al trasluz de las luces desordenadas de la populosa ciudad esas numerosas escitaciones mentales que el estudio apacible no podía darnos.

«En tales circunstancias no podia menos de observar y admirar, aunque la rica idealidad de que estaba dotado mi amigo hubiese debido advertirme, una aptitud analítica muy particular en Dupin...

«...Sus maneras, en semejantes ocasiones, eran glaciales, distraídas; sus ojos se fijaban en el vacío, y su voz,—una preciosa voz de tenor, ordinariamente,—se elevaba hasta la voz de cabeza...

Y aquí antes de entablar el asunto de su novela, Poe refiere de que manera procedía Dupin en sus curiosos análisis.

«Pocas personas hay,—dice,—que en un momento cualquiera de su vida no se hayan complacido en remontar el curso de sus ideas, é investigar por qué camino había llegado su mente á ciertas consecuencias ó conclusiones.

«Varias veces tiene sumo interés semejante ocupacion, y el que la intenta por vez primera se asombra de la incoherencia y distancia, inmensa al parecer, que va del punto de partida al de llegada.

«Cierta noche divagábamos por una calle larga muy súa y cercana al Palais Royal. Permanecíamos ambos sumidos en nuestros propios pensamientos, ó lo parecía al menos, sin haber proferido una sílaba hacia más de veinte minutos.

«De repente Dupin soltó estas palabras:

—«Verdaderamente, es un mozo muy chico, y estaría mejor en su lugar que en el teatro de Variedades.

—«No tiene la menor sombra de duda,—repliqué yo sin pensar ni reparar en nada por de pronto.

«Tan absorto estaba en mi meditacion, que no eché de ver la singular manera con que mi interruptor adaptaba sus palabras á lo que yo estaba pensando.

«Un minuto despues volví en mí y no pude menos de asombrarme profundamente.

»Dupin,—le dije con gravedad;—he aquí una cosa que sobrepuja á mi inteligencia. Confieso á usted sin ambages que estoy estupefacto, y que apenas puedo dar crédito á mis sentidos. ¿Cómo ha podido suceder que usted adivinase que yo pensaba en...?

»Pero me interrumpí para no tener la menor duda de que él había realmente adivinado lo que yo pensaba.

—¿En Chantilly?—prosiguió él:—¿por qué se interrumpe usted? Mentalmente se hacía usted la observación de que su pequeña estatura lo hacía impropio para la tragedia.

»Eso precisamente era lo que constituía el tema de mis reflexiones.

»Chantilly era un ex-zapatero de la calle de San Dionisio, que tenía loca pasión por el teatro y había osado tomar el papel de Jerjes en la tragedia de Crebillon.

—Dígame usted por el amor de Dios, el método, si método hay, en virtud del cual haya podido usted penetrar en mi alma en el presente caso.»

Como se vé, el principio es extraordinario, extravagante: aquí se empeña una discusión entre Poe y Dupin, y este remontando la serie de reflexiones de su amigo, le muestra que siguen subiendo de esta manera: Chantilly, *el zapatero*, Orion, *el doctor Nichols*, *Epicúreo*, *la estereotomía*, *los empedrados*, *el frutero*.

He aquí un grupo de ideas que no tienen ninguna relación entre sí, y sin embargo, Dupin va á trabarlas y ligarlas fácilmente comenzando por la última.

Con efecto, pasando por la calle un *frutero* chocho con Poe de un modo brusco y fuerte; sacudido este por el choque, resbaló un poco yendo á meter el pié en una piedra movediza, y se lastimó ligeramente el tobillo maldiciendo el *empedrado* defectuoso.

Al llegar á un sitio en que se ha hecho una prueba de solado de madera, ha venido á su pensamiento la palabra *estereotomía*, y esa palabra lo ha llevado inevitablemente á los átomos y teorías de *Epicúreo*.

Y como quiera que hacía poco tiempo había tenido con Dupin una discusión, durante la cual este le había manifestado que los últimos descubrimientos cosmogónicos del *doctor Nichols*, confirmaban las teorías del filósofo griego, Pœ, al recordarlo, no ha podido menos de alzar los ojos hacia la constelación de Orion, que á la sazón brillaba en todo su esplendor.

Ahora bien, el verso latino:

Perdidit antiquum littera prima sonum (1) alude á Orion que se escribía primitivamente *Urion*, y este verso acababa de aplicarlo irónicamente un crítico de teatros en su último artículo al zapatero Chantilly.

—«Esa sucesión de ideas,—prosiguió Dupin,—la he visto en la *manera* de sonreír que agitó los labios de usted pensando en la inmolación del pobre zapatero. Hasta entonces había usted caminado cabizbajo, inclinado, pero entonces le he visto erguirse en toda su altura, y estaba seguro de que pensaba usted en la baja estatura del pequeño Chantilly. En este momento he interrumpido las reflexiones que hacía usted para advertir que ese Chantilly era un pobre abortillo que estaría mejor en su puesto que en el teatro de Variedades.»

¿Qué cosa más ingeniosa y original,—pregunto yo,—podría presentársenos? ¿y hasta dónde podría el espíritu de observación llevar á un hombre dotado de él como Dupin?

Eso es lo que vamos á ver.

Háse cometido un crimen espantoso en la calle de Morgue: una señora anciana, llamada Espanaye, y su hija, que ocupaban una habitación del piso cuarto, fueron asesinadas á las tres de la madrugada, próximamente.

Cierto número de testigos, entre ellos un italiano, un inglés, un español, un holandés, atraídos por los horribles gritos, se precipitaron en el aposento, forzaron la puerta, y en medio del más extraño desorden, encontraron á entrambas víctimas, la una estrangulada, y la otra degollada con una navaja de afeitar, sangrienta todavía.

Ventanas y puertas estaban cuidadosamente cerradas, no quedando indicio alguno del camino que podía haber tomado el asesino.

Las más sagaces investigaciones de la policía fueron infructuosas, y nada parecía poderla poner sobre las huellas del crimen.

Este suceso espantoso rodeado de tan profundo misterio interesaba mucho á Augusto Dupin, diciéndose en su interior que para la instrucción de ese asesinato no debía procederse por los medios ordinarios y acostumbrados. Conocía al jefe de policía y obtuvo de él permiso para trasladarse al teatro del crimen, á fin de examinarlo.

(Se continuará.)

(1) La letra primera perdió su antiguo sonido. (N. del Trad.)

GALERIA DE CELEBRIDADES.

CÁRLOS GOUNOD.

APUNTES BIOGRÁFICOS

RECOGIDOS

POR

FRANCISCO NACENTE.

(Continuación.)

Otros maestros del arte musical, y especialmente el gran Mozart, habían descubierto ese acento simpático, ese carácter de ardiente y respetuosa pasión; pero Gounod lo ha sabido armonizar con las ideas de una época mas moderna, y con su propio temperamento.

A pesar de cuanto tengan de humano los deseos de Fausto por Margarita, resalta en ellos una especie de respetuosa religiosidad contemplativa, y él ama menos quizás aquel tipo de hermosura que las gracias virginales de un tipo hechicero y gracioso que cautiva el alma del poeta, que embriaga la imaginación del artista.

Mas no nos anticipemos y sigamos por orden cronológico el curso de nuestro modesto estudio: pronto hablaremos del Fausto y Margarita cantados por Gounod.

Después de terminar su pensionado en Roma, volvió á París, donde su fama de compositor inspirado le facilitó la entrada de maestro de capilla en la iglesia de las Misiones extranjeras.

Allí contribuyeron á labrar su reputación musical las muchas misas y motetes que hizo cantar, desplegando en estas composiciones su alma ardiente y contemplativa, que parecía encontrar en los misterios de la religión un alimento espiritual con que animar su corazón exclusivamente.

De tal manera le cautivó el misticismo de su espíritu, fomentado con el cultivo de la música religiosa, que cada día le embriagaba mas y mas, que hizo los estudios indispensables para entrar en el orden sacerdotal, vistió los hábitos eclesiásticos por algun tiempo, y hasta hubo periódicos que anunciaron la entrada de Gounod en el estado eclesiástico cuyas órdenes sagradas había jurado.

Pero esto último fué un error: Carlos Gounod no recibió ninguna de las órdenes sagradas, no ha sido sacerdote.

Verdad es que de aquella educación guardó

en el fondo de su alma una fervorosa fe católica, y que era propenso á citar en sus conversaciones íntimas y amistosas, á los Padres de la Iglesia, como si fuera mejor que un artista sublime un teólogo consumado.

De carácter reflexivo, muy amante de la soledad, é indeciso sobre el carácter de su verdadera vocación, Gounod, casi ignorado é ignorándose á sí propio, pasó varios años en el retiro, sin ánimo de darse á conocer, sin aspiraciones de gloria, embebiéndose en las tareas y gustos musicales que le sugería su cargo de maestro de capilla.

Pero de pronto el artículo de un periódico interrumpió bruscamente el silencio que se había formado en derredor del maestro, llamando sobre él la atención de todos los amantes de las glorias musicales.

Ese artículo, atribuido á Viardot, (marido de la célebre cantatriz, entonces en toda la pujanza de su voz y de su talento), había aparecido en el *Ateneo* de Londres; trataba de las cuatro composiciones de Gounod que se habían oído en un concierto, y que según el autor del artículo, revelaba las facultades de un genio absolutamente original, de un artista creador.

Muchos quisieron conocer por sí mismos las bellezas que en aquellas nuevas composiciones se prometían, y una vez satisfechos y admirados, aumentaron la fama del joven compositor, que acaso vivía en su retiro sin ambicionar la aureola de gloria que el mundo inteligente colocaba en su cabeza.

«La música de Gounod,—decía en uno de sus párrafos Viardot,—no nos recuerda compositor alguno antiguo ni moderno, tanto por la forma como por el canto y la armonía. Es la obra de un artista perfecto y cabal, es la poesía de un nuevo poeta... Auguramos á Carlos Gounod una carrera poco comun, puesto que si no hay en sus obras un genio á la vez nuevo y verdadero, es preciso que volvamos á la escuela y estudiemos el alfabeto del arte y de la crítica.»

Esto es lo que decíamos al principio: la originalidad de Gounod ha hecho tal vez que la crítica no pudiera desenvolverse á su antojo y gusto en el examen de sus composiciones musicales.

Mientras que el crítico Viardot profetizaba en Londres el nacimiento de un nuevo genio, se ensayaba en París la primera ópera de Gounod, *Safo*, en dos actos.

La señora de Viardot creó el papel de Safo, y la ejecución en conjunto fué excelente; pero el

éxito no correspondió á las esperanzas de los artistas ni de la administracion de la Academia de música.

La crítica, confiada generalmente entonces á escritores desprovistos de conocimientos especiales, se mostró demasiado severa para con aquella obra de sentimiento tan poético, sin comprender ninguna de las cualidades originales de la forma, de la armonía, ni de la cadencia.

Así es que la mayor parte de los periódicos echaron sobre *Safo* el dictado de *monótona* é impropia para el teatro...

Pero todos los innovadores en la ciencia, en el arte, deben sufrir los amargos desengaños que la rutina ó la costumbre, si se quiere, ofrece á sus ardientes aspiraciones.

Gounod parece haberse acordado de los críticos de *Safo* cuando tiempo despues escribió en *El*



Fausto.

Cosmopolitano de Londres estas líneas, referentes al carácter de la crítica.

«El arte es el sentimiento elevado á ciencia; es el elemento espontáneo confuso, que la inteligencia fija y precisa. Por lo tanto, se necesita saber mucho para juzgar, toda vez que es preciso hallarse en estado de hacer abstracción de su sentimiento personal que es una prevención y por ende una esclavitud, y es preciso al propio tiempo ser capaz de medir la dosis de saber contenido en una obra. Si os limitais á decirme que tal ó cual cosa os agrada ó desagrada, nada me decís,

nada sino que espresáis, no un juicio, sino una sensación que en todo caso nada prueba que valga mas que la mía.»

Hasta aquí piensa Gounod con entera exactitud de la cosa, y sentimos no poder admitir las ideas que á continuación emite, en virtud de las cuales niega la necesidad y aun la utilidad de la crítica, como no sea la emanada de las inteligencias reconocidas de primer orden en el ramo que se deba criticar.

Cabalmente la luz nace de la discusión sin que afecten al resultado capital las ideas falsas,

las consecuencias mas ó menos inexactas que por ignorancia, prevencion ó compromiso los críticos aduzcan.

La luminosa chispa eléctrica puede salir de la nube mas pequeña en un cielo atormentado por densos nubarrones.

En pos de la ópera *Safo* vinieron los coros que Gounod escribió para la tragedia de *Ulises*, de Ponsad.

No es, como se ha dicho, una música imitada de la antigüedad, sino la espresion del carácter antiguo con todos los elementos del arte moderno, lo cual es muy distinto.

Un éxito de sincera y formal consideracion al autor acogió esta partitura eminentemente artística, y el público aplaudió con calor varios de aquellos coros, especialmente el gracioso de las *Criadas infieles*.



El escarabajo de oro.

Poco despues, en el año 1854, se estrenó en el teatro de la Opera de Paris la *Monja sangrienta*, obra majstral que colocó á Gounod en primera línea de los compositores franceses, no porque la obra sea perfecta, puesto que es desigual, sino por las hermosas páginas que en ella abundan á la par de varios cantos verdaderamente inspirados y característicos del estilo del maestro.

Añádese á esto que la instrumentacion de la *Monja sangrienta* tiene un colorido particular que revela la reflexion y esperiencia de un profundo observador, y comprenderemos que en di-

cha partitura el sentimiento se ha elevado á ciencia, valiéndonos de una frase del mismo autor.

La pobreza del libreto de la *Monja sangrienta* es sin duda la razon del corto paso de esa ópera por la escena lírica, porque, en efecto, parece haber muerto al nacer, no obstante los trozos magníficos de música majstral que podría encarecer esa ópera.

Desde entonces salieron á luz varias producciones, señaladamente una misa para voces solas, ejecutada en la iglesia de San German el Auxerrés, salmos, motetes y un delicioso *Agnus*

dei, como también varias sinfonías que se oyeron en las sesiones de la Sociedad de artistas jóvenes bajo la dirección del señor Padeloup, y en el Conservatorio, donde las consideró como trabajos distinguidos la descontentadiza concurrencia de la Sociedad de conciertos.

Y aquí llegamos á la fecha memorable del 19 de marzo de 1859, que fué para el compositor el día mas glorioso y solemne.

Aquel día el teatro Lírico, cuyo inteligente director era el señor Carvalho, anunciaba la primera representación de *Fausto*, ópera cómica, en la cual la célebre cantante señora Miolan de Carvalho, cantó el papel de Margarita.

(Se continuará.)

ANA SEVERIN,

por

Mme. CRAVEN.

(Dos veces premiada por la Academia francesa.)

TRADUCIDA DE LA 14.^a EDICION.

(Continuación.)

—Es tarde, ¿no es verdad? le dijo en voz baja: ¿creo que son cerca de las once?

—Sí, tan tarde, que no os esperaba ya. Pero eso no me sorprende... El señor Guillermo de los Aubrys tiene cosas mejores que hacer, que venir al cabo del mundo desde tan larga distancia, y no acostumbra pasar el tiempo trotando calles á tales horas.

—Con todo, señor Marqués, sabéis que he sido avisado, dijo el joven con acento grave: ¿cómo podéis dudar de mí?

—¡No os enfadéis! De ninguna manera he tenido intención de ofenderos. Hasta os puedo jurar que á vuestra edad, y hallándome en vuestro lugar, me habría costado mucho trabajo decidirme á venir aquí.

—¡En mi lugar! ¿qué quereis decir? exclamó con viveza el joven. ¿Quién más que yo tiene obligación de venir aquí hoy? ¿Habeis, pues, olvidado, añadió al cabo de un instante, que Rodolfo de los Aubrys era mi hermano?

Al decir estas palabras, su rostro tomó una expresión que contrastaba con la dulzura de sus facciones.

—Perdonad, perdonad, de Aubrys, dijo el otro suavizando la voz. Yo pensaba en otra cosa, pala-

bra de honor... y mi pensamiento no tiene nada de ofensivo para vos.

Aquí llegaba la conversación, cuando se oyó una voz sonora y acentuada: al mismo instante hubo un silencio profundo, y todas las miradas se dirigieron hacia el que iba á hablar, el cual se había acercado á la mesa. Su rostro, sobre el que la luz daba de lleno, era el de un hombre de treinta y cinco años, cuyos cabellos rojos y algo encanecidos descendían casi hasta sus hombros, dejando al descubierto unas facciones rudas, tostadas por el sol, y cuyo conjunto sólo habría parecido vulgar á no ser por la extraordinaria expresión de sus ojos, que así podían hacer temblar á los más atrevidos, como tranquilizar á los más tímidos. Elocuente sin saber ni querer serlo; procurando solo explicar claramente un designio en el cual invitaba á los asistentes á tomar parte, les comunicaba, sin embargo, todas sus emociones, los atraía, los transportaba, y muy luego llegó á dominarlos de tal modo, que le pareció superfluo extenderse en más largas explicaciones.

—Esto basta, señores, dijo bruscamente... Ahora no más palabras, y al hecho: los que quieran seguirme, que levanten la mano.

Todas las manos se levantaron á la vez, y hubo una especie de aclamación, que un gesto del orador reprimió al momento.

—El llamamiento que acabo de hacer, dijo, no tenía más objeto que el de asegurarme de una cosa, y es que aquí todos estais dispuestos á seguirme, y que yo soy libre de escoger entre vosotros. Ahora ved aquí los nombres de los que yo elijo: y fijándose en una lista que tenía en la mano, tomó una pluma y miró en rededor para ver si había una silla. En este momento, Guillermo de los Aubrys, cuyos ojos no se habían separado un instante del que acababa de hablar, se lanzó fuera de la sala, y volvió casi al momento, trayendo un taburete de madera. El conspirador detúvose un instante para mirar al que acababa de prestarle este servicio.

—¿Quién sois, joven, y qué haceis aquí?

—Soy Guillermo de los Aubrys, y he venido aquí para seguirlos.

—De los Aubrys!...

Una expresión de tristeza y ternura trasformó la fisonomía del atrevido partidario, el cual llevó rápidamente al joven hacia la ventana y le dijo:

—El más valiente y el más querido de mis compañeros llevaba el mismo nombre que vos, Rodolfo de los Aubrys.

—Era mi hermano. ¿Es verdad que estaba junto á vos cuando fué cruelmente asesinado?

Un signo de cabeza y una mirada, en que al través de la emocion brillaba un implacable ardor de venganza, fueron la única contestacion á esta pregunta. Despues repuso el jefe:

—Decídmelo, sabeis que aquel bravo jóven me dió para su madre un triste encargo: sus cabellos y alguna otra cosa más.

Guillermo, sin responder, sacó de su seno un gran medallon de plata, y lo abrió: á un lado habia un bucle de cabellos espesos y rubios como los suyos, y á otro un pedazo de tela blanca en forma de corazon y manchada en sangre.

—Hé aquí sus cabellos, dijo, y hé aquí el corazon que llevaba sobre su pecho cuando fué herido: al recibir estos tristes recuerdos, despues de largos días de angustia, supo mi madre que él no existía: este dolor llevó á mi madre al sepulcro; y yo he de vengarlos, batiéndome á mi vez con los que dieron muerte á entrambos. Podeis, pues, comprender que soy de la partida: si alguien se queda, no puedo ser yo ciertamente.

—Pero, de todos los que hay aquí, no quiero llevar más que veinte.

—Yo seré uno de ellos.

—Escuchadme, Guillermo, no vengais conmigo esta vez. Otro día, otra hora llegarán para vos, no esta, que es muy sombría, muy desesperada; no son niños de veinte años los que yo necesito.

—No, respondió Guillermo; ahora es cuando yo quiero partir... más tarde, ¿quién sabe? Quizás no tendría valor, y sería capaz de no responder á nuestro llamamiento. Llevadme; pues sólo á la vuelta podré ser feliz, y estoy seguro de volver.

—Pero, desgraciado jóven, tú no volverás!

Esta palabra, pronunciada con un terrible acento de conviccion, hizo estremecer al jóven, cuyos ojos fueron empañados por una sombra: durante un momento pareció turbado y luchando consigo mismo; pero al cabo dijo con voz firme, aunque algo conmovida:

—No importa: será lo que Dios quiera; yo parto.

Suspendida la sesion un momento por este coloquio, fué prontamente proseguida, y despues de algunos minutos de discusion, hubo un nuevo silencio. La lista de los que habian de partir fué leída en alta voz; contenía algunos nombres oscuros, mezclados con los nombres más ilustres. El de Guillermo de los Aubrys era el último, y produjo un grito y como una reclamacion general: la

juventud y la figura de Guillermo inspiraban un interés universal, y todos (menos uno) se sintieron conmovidos al pensar en verle partir para afrontar tan peligrosa empresa.

Por un momento viósele rodeado, abrumándole todos con instancias, consejos y súplicas, pero Guillermo no respondía á nadie. Su pensamiento estaba lejos de allí: se inclinó hacia el jefe, que permanecía sentado, ocupado en romper cuidadosamente la lista que acababa de leer, y le dijo en voz baja:

—¿Cuándo hay que estar listo?

—En seguida partimos.

—¡En seguida! Cómo! de aquí! ¿Sin tener tiempo de despedirse de... nadie; sin tomar ninguna disposicion?

—No podeis llevaros nada. Encontraremos en otra parte lo único que nos hace falta, dinero y armas. Es ya cerca de media noche, y antes de dos horas debemos estar lejos de aquí. ¿Titubeais? Aun es tiempo!

Había llegado el momento de la accion; no quedaba ya nada de la emocion precedente, y la voz del que hablaba se volvió imperiosa y casi áspera.

Guillermo no respondió más que meneando la cabeza; pero un vivo dolor pareció contraer por un momento sus facciones. Sin manifestar, no obstante, debilidad alguna, se arrodilló delante de la mesa, y escribió precipitadamente algunas palabras: quitándose luego del cuello el medallon de plata que llevaba, hizo un paquete, al cual añadió la esquila que acababa de escribir. Despues de haber reflexionado un momento, dirigió una mirada á su alrededor, y no tardó en distinguir al que buscaba; era el mismo con quien había hablado á su entrada en la sala. Se fué derecho á él, y le dijo:

—Señor Marqués, si me lo permitís...

El Marqués, despues de un imperceptible movimiento de sorpresa y de perp'ejidad, dió muestras inmediatamente de un mejor sentimiento, y respondió con voz franca y cordial:

—Soy vuestro, de Aubrys; disponed de mí... ¿Pero podemos hablar aquí?

—Venid, dijo Guillermo; y abrió la puerta de la sala, que daba á una estrecha meseta de la escalera. Esta sala ocupaba el último piso de la casa. Guillermo bajó rápidamente los peldaños que conducían al piso inferior inmediato, y se detuvo delante de una puerta que abrió sin llamar.

—Esta es la habitacion de La Mothe, dijo en

voz baja; pero él está muy ocupado arriba, y no nos molestará en este momento.

Entraron. La habitacion era pequeña, y estaba en gran desórden, segun podía verse al incierto resplandor de un reverbero encendido en la calle.

Esta claridad era suficiente para impedir que las dos personas que acababan de entrar tropezaran con los muebles, pero no les permitía verse distintamente.

—No importa, dijo Guillermo, no tenemos tiempo de ir á buscar una luz, y además, no es necesario.

Se detuvo un instante, como si tomara aliento, y dijo:

—Señor Marqués, parecerá extraño que me dirija á vos en este momento, haciendo tan poco tiempo que tengo el honor de conoceros ¿no es verdad?... Pero, en primer lugar, me inspirais confianza, y además vais á saber por qué cuento con vos en este instante, para entregaros este paquete que contiene mis últimas voluntades.

El Marqués hizo un ligero movimiento, pero no respondió nada.

—Si regreso, continuó Guillermo, me lo devolveréis.

Detúvose un momento, y luego prosiguió rápidamente:

—Sólo vos sabeis quien es la persona que más me cuesta dejar en este momento solemne, sin poder despedirme de ella... ¡Oh, Dios mío!

Y á pesar de todos sus esfuerzos, un sollozo agitó su pecho. Pero esta dolorosa é involuntaria exclamacion fué cosa de un instante, y el jóven continuó en seguida con voz firme y hablando de prisa, pues conocía que pasaba la hora:

—Es á ella, señor Marqués, á la quien ruego entregueis este paquete, que contiene tambien una carta, si sabeis que... si llegais á saber mi muerte.

El Marqués le apretó la mano.

—En tal caso tomareis alguna precaucion, añadió Guillermo, pues ella me ama, y será una terrible noticia.

Ninguna luz, como hemos dicho, iluminaba sus semblantes: sin esta circunstancia, á pesar de su agitacion, Guillermo quizás habria percibido el efecto que estas palabras producian á su interlocutor. Pero sentia temblar la mano que aun tenía entre la suya, y oyó una voz, cuyo acento era el del honor, que le prometía el exacto cumplimiento de su voluntad; con la vehemencia de un corazon jóven, se arrojó en los brazos del

que en aquel momento le parecía casi un padre. El Marqués le recibió en ellos, y le tuvo abrazado, jurando en silencio no ser nunca indigno de la confianza de que era objeto.

Media hora despues, el jóven Vendeano había partido, y el Marqués conmovido y pensativo se dirigió á pasos lentos á su habitacion, situada en una de las calles inmediatas á Portman-Square.

Llamó á la puerta de una muy modesta casa, que se le abrió en seguida: eran más de las dos de la madrugada, y le esperaba con visible inquietud su criado, por delante del cual pasó sin decir nada: siguióle aquel silenciosamente á una pequeña estancia del piso bajo, en donde había encendido un buen fuego y preparada una ligera cena. Con un gesto, el Marqués hizo quitar el plato que contenía la comida, y el mismo signo bastó para que el discreto servidor se retirase.

Cuando quedó solo, su amo dejó sobre la mesa el sombrero y la capa, se acercó al fuego, y leyó estas palabras, trazadas por una mano agitada, sobre el paquete de que era depositario:

«Al señor Marqués de Villiers, para ser entregado por él á la señorita de Nebriant en el caso de que sepa mi muerte.»

Abrió un escritorio colocado en un ángulo de la estancia, y encerró el paquete en él; despues volvió á sentarse junto á la chimenea, y permaneció sumergido en una meditacion tan profunda, que empezaba á clarear el día cuando salió de la habitacion para ir á echarse en la cama.

(Se continuará.)

CIENCIA FAMILIAR.

LLUVIA Y BUEN TIEMPO.

POR

ARTURO MANGIN.

CAPÍTULO PRIMERO.

(Continuacion.)

Pero en vez de hacerles justicia, las acusamos de charlatanas, siendo así que no lo son más que nosotros, con la diferencia de que ellas hablan entre sí de lo que saben y les interesa, y nosotros hablamos de lo que nada nos importa ni puede darnos cuidado, ó de lo que mas ignoramos.

Y en ello probamos un triple error que cometemos.

Primero, porque vale mas callar que no decir nada.

Segundo, porque nunca se debiera discurrir sobre lo que ignoramos.

Tercero, porque las mismas cosas de que hablamos á tontas y á locas sin conocerlas, son cabalmente las que mas nos convendría estudiar.

De los muchos miles, de los millones de personas que hablan todos los días del tiempo; que se meten en pronosticar y comentar sus cambios al tun, tun, ¿cuantas hay que ni siquiera tienen formada idea de lo que es el aire, el cielo, las nubes, la lluvia, el viento, el granizo, el rayo, el frio, el calor, los equinoccios y demás?

La inmensa mayoría no tiene de todo eso la menor noción, y sin embargo lo discute y trata con la mayor tranquilidad y desparpajo.

De consiguiente, lo que es vulgar y tonto, no es el objeto de que se trata, sino las frases gastadas y regastadas que cada cual sabe de memoria y las espeta como papagayo cuantas veces se presenta ocasion.

—No va usted quizás desacertado,—me dijo la señora X...

—¿Quiere usted una prueba irrecusable? En vez de dos ciudadanos desocupados, pongamos, delante uno de otro, dos hombres de ciencia. También ellos podrán hablar de la lluvia ó sequedad, del calor y del frio, del viento, de los huracanes, de los climas y estaciones, en una palabra, de los *fenómenos de la atmósfera*; lo cual es en términos mas elevados absolutamente la misma cosa que *la lluvia y el buen tiempo*. Pero hablarán de otra manera, y la palabra insípida de poco antes se convertirá en conferencia científica del mayor interés. Pues los fenómenos del aire son objeto de una ciencia que se llama *meteorología*, ciencia secundaria y compuesta que toma sus elementos de las ciencias primordiales; de la física, astronomía, mecánica, química. Sería menester, por tanto, antes de entrar en ella, tener cuando menos un pequeño caudal de conocimientos, que falta completamente á la mayoría de los mortales. De donde resulta que las noventa y nueve centésimas partes de las personas que se meten á hablar de la lluvia y del tiempo, no dicen nada que valga un comino, mientras que si quisieran tomarse el trabajo de estudiar la materia, encontrarían en ella, no solo buen tema de conversaciones nada vulgares y triviales, sino tambien recreación útil y atractiva.

—Muy bien; mas diga usted: ¿es largo y difícil aprender lo que importa saber para hablar *congruamente* de la lluvia y del buen tiempo?

—Difícil es responder, señora. Por eso desea-

ría responderle otra vez como el doctor Marforio Segun se presente.

—Haga usted el favor de explicarse.

—Si por la palabra hablar «congruamente», entiende usted interpretar los fenómenos meteorológicos, discutir las teorías por las cuales se pretende explicarlos, y aun proponer otras nuevas y tratar con competencia las cuestiones muy controvertidas que sugiere el estudio de las evoluciones de la atmósfera, de sus efectos, de las leyes que las rigen, le responderé que para tanto se necesita ser casi un sabio, que entonces la iniciación, sin ofrecer grandes dificultades, es no obstante algo larga y exige un trabajo constante.

Pero si quiere uno limitarse á poseer conocimientos elementales que le permitan observar los fenómenos, dándose cuenta de ellos, ya sea directamente, ya con auxilio de los instrumentos mas usuales, y resignarse á no saber mas que lo sabido y comprender que todo aserto no fundado en principios evidentes, en hechos indiscutibles y en leyes generales y admitidas, carece de valor, entonces puede sin molestia y en poco tiempo, ponerse en estado de hablar de la lluvia y del tiempo como debiera tratarse de todo, es decir, con ideas sacadas de su propio fondo y no con trivialidades y fórmulas tomadas del repertorio vulgar.

Adquirido ese primer punto, el estudioso se siente inclinado con gusto á aumentar poco á poco su instrucción, y el interés, el placer crece con la suma de resultados obtenidos y con el deseo mas y mas vivo cada día de añadir al caudal alguna cosita...

—¿Se puede entonces predecir y prever con alguna certidumbre los cambios de tiempo?

—¡Prever, predecir! ¡No va usted poco aprisa, señora! Lo que usted pide es nada menos que el objeto capital de la ciencia, el pináculo del saber, el coronamiento del edificio; y ¿quien sabe si á tanto remontaremos?...

—Pues qué, ¿ni aun los sabios conocen hoy si el verano próximo, por ejemplo, será lluvioso ó seco, si el otoño se portará con decoro?...

—Ni siquiera saben, señora, de una manera exacta el tiempo que hará mañana.

—Entonces, ¿qué saben esos sabios?

—Saben que no saben y por qué no saben, lo cual es mucho.

—Tiene usted razon; eso falta á los ignorantes. En este caso ¿qué debemos pensar de los pronósticos del difunto Mateo del Drome y sus sucesores?

—Eso, señora, reclama algunas explicaciones.

—Peor para usted, caballero; pues no tengo á mano mas que á usted para saber lo que deseo; me afirma que podia decirse tocante á la lluvia y buen tiempo algo mejor que las frases ó lugares comunes, y va usted á aprobarlo incontinenti, haciendo aquí para mí sola una conferencia sobre este asunto lleno de actualidad.

—Estoy dispuesto, señora, á obedecer; pero...

—Tiene usted necesidad de toda mi indulgencia ¿no es eso lo que iba usted á decir? Pues vea usted ahí un lugar comun del cual habria debido abstenerse usted.

—Pero yo no lo he dicho.

—Iba usted á decirlo.

—Se equivoca usted, señora, iba simplemente á rogarle que me facilitase la tarea.

—¿Yo? ¿y como podria?

—Preguntándome é interrumpiéndome cuanto le parezca.

—¡Oh! perfectamente. ¿Hay que empezar ahora mismo?

—Cuando usted guste.

—Pues bien, vamos á ver, señor profesor: hace un instante creo que usted me ha dicho que la *me-te-o*... ¡Ah! repítame usted esa palabra, por favor: trasciendo á griego de una legua y como Enriqueta, yo no sé el griego.

—*Me-te-o-ro-lo-gi-a*, señora. Trasciende naturalmente á griego esta palabra, como que procede de él, lo mismo que todos ó casi todos los términos científicos. Significa ciencia, estudio, tratado de las cosas elevadas, ó dicho con mas claridad, tratado de las cosas que pasan en lo alto, en la atmósfera.

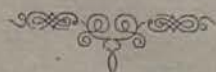
—Comprendo ese griego. ¿Y que es propiamente hablando la atmósfera?

—Otra palabra oriunda del griego, señora. *Atmor*, que significa halito, vaho, vapor, y *sfaira*, que se traduce por globo, pelota, esfera. La atmósfera, pues, es una esfera de gas que envuelve la esfera terrestre por todas partes.

Este gas, ó vapor, quiero decir el aire que respiramos.

Usted me permitirá ¿verdad? que, á lo menos por ahora, prescinda de darle á conocer la composición química de la atmósfera, y de explicarle el papel fisiológico que desempeña.

(Se continuará.)



SECRETOS DE TOCADOR.

MEDIOS PARA EMBELLECEY PRESERVAR LA PIEL DE LAS ALTERACIONES POR INFLUENCIA EXTERIOR,

Agua virginal de arroz.

Arroz mondado. 64 gramos.

Agua pura.. . . . 500 »

Hágase hervir hasta que pierda una tercera parte, cuélese y añádese:

Jugo de berros. 32 gramos.

Tintura virginal.. . . . 10 »

Agua cosmética.

Raíz de malvabisco.. . . . 64 gramos.

Miga de pan blanco. 32 »

Agua pura.. . . . un litro.

Hágase hervir hasta que pierda una tercera parte, cuélese y añádase:

Yema de huevo. 34 gramos.

Crema fresca. 4 »

Agítese durante cinco minutos, y aromatícese con algunas gotas de bálsamo de Joló.

Cualquiera de estas aguas puede servir para el objeto, lavándose dos veces al día.

JARDINERÍA DE SALON.

PRÓLOGO.

(Conclusion.)

Pones en una maceta una lijera capa de bolitas de papel de estraza, y encima otra de las semillas con que alimentas á tus palomas, ó sean algarrobas ó arvejas; luego otra de bolitas de papel y así sucesivamente hasta poner tres capas de semillas y cuatro de bolitas.

Procuras que el total no llene la maceta, faltando para ello de cuatro ó cinco centímetros; la riegas cada dia sin olvidar que la maceta debe tener un agujerito en el fondo para arrojar el agua sobrante.

Si quieres que esta vejetacion te resulte de un color blanco, tierno, hermoso, una verdadera *cabellera de plata*, como me decido á llamarla, y que pueda servir de precioso adorno hasta en el salon mas aristocrático, la tienes en sitio muy oscuro, donde no le dé la luz los veinte dias primeros, y entonces verás nacer los hermosos cabellos de plata, conforme te indico.

Si la dejas crecer á la luz, la cabellera será de

un color verde claro, mas no tan hermosa como la anteriormente explicada.

Y sacándola de la maceta podrás ponerla en una jaidinera ú otro adorno colgado del techo del salon, en la seguridad de tener un objeto tan curioso como bellísimo.

Adoptando el mismo procedimiento con otras semillas, se logrará una variedad preciosa de matas de yerba mas bella que cuantas veas en los jardines. Por ejemplo:

Con semillas de maiz se obtendrá una mata hermosísima, blanca si germina á oscuras, verde claro á la luz.

Con trigo ó cebada se tendrá un césped argentino ó verde respectivamente.

Y con otras semillas de que se tratará mas adelante, puede darse al jardin de salon una variedad maravillosa.

Mezclando en una misma maceta diversas semillas farináceas, se obtienen caprichosas y ricas vegetaciones que nada tienen que envidiar al matizado césped de los parques y jardines.

Tambien te hablaré, cara lectora, de hermosas palmeritas que no exigen mas que una botella ó un jarrito con agua, sin tierra ni abono ninguno.

¿Es tan escasa tu posicion que no puedes distraer una pequeña suma para comprar mace-tas, botellitas, ú otras vasijas? No te apures: podrás formarte un jardin, porque puedes tener flores y plantas que no exigen vaso, ni tierra, ni nada.

Por ejemplo:

Te procuras en casa de un herborista, horticultor ó jardinero un esqueje fresco de una planta crasa llamada *Rodiola rosea*, vulgarmente denominada yerba de S. Juan. Eso te costará un par de cuartos, sistema antiguo.

En los primeros días de junio, los tallos simples de la rodiola están provistos de hojas carnosas en toda la longitud, y terminados por un grupo de capullos poco desarrollados dispuestos en forma de corimbo.

Clavarás en la pared un par de clavos, uno al lado de otro, habiendo entre ambos la distancia de unos cincuenta centímetros.

En ese apoyo pondrás, sin clavarlo ni atarlo por ningun lado, el cogollo ó esqueje de la rodiola, y podrás hacer un curioso experimento de jardinería de salon, que no dejará de interesarte.

Dotada por naturaleza de la facultad de vivir á espensas del aire solamente, la rodiola crece

día por día, hora por hora, y la verás desarrollarse, elevarse y erguirse por el extremo que tiene los capullos de las flores, perder una tras otra las hojas de su tallo, en tanto que las de arriba conservarán su frescura y se harán mas numerosas; y por último, florecer y dar un ramo de flores rosadas tan abiertas y hermosas como si la planta hubiese vegetado en buena tierra constantemente regada.

Despues de la florescencia quitas las flores místicas á la vez que cortas el pedazo de tallo seco que se ve abajo, y plantas lo que queda en una vasija llena de tierra ordinaria de jardin, teniendo sumo cuidado de no regarla con sobrada frecuencia, cada dos días á lo mas, y sin olvidar que la vasija debe estar agujerada en el fondo.

El tallo de la rodiola en tales condiciones se arraigará, formando antes de otoño una mata de tiernos retoños, que florecerán á la vez en el año siguiente, proporcionándote abundante número de cogollos con que repetir el experimento que acabamos de indicar.

En el cuerpo de este tratado de *Jardinería de Salon*, hallarás otras explicaciones de plantas que se desarrollan y reproducen de una manera semejante, asegurándote que las flores y plantas que te aconsejemos emplear siempre serán hermosas.

Pero supongamos, y es mucho suponer, pues no te consideramos mezquina, que deseas hacer jardinería de salon sin querer gastar la mínima cantidad que exige el experimento de la rodiola.

No gastes nada, ni un céntimo: no vamos á vernos atajados por tan poca cosa.

Ruegas á una persona conocida que te traiga del campo una mata ó planta de oropino ó *sedum de flor amarilla*, que se encuentra en todas partes, en las hendiduras de las rocas, en los tejados mohosos, y en las paredes viejas.

Es una plantita silvestre muy bella que tiene en vez de hojas pequeñas escresencias verdes, elegantemente encajadas unas en otras.

Cada tallo que forma parte de una mata compuesta de gran número de vástagos que salen de un centro comun, tiene en su extremo superior algunas flores en estrella de hermoso color de oro.

Clavarás un alfiler fuerte en la pared de tu aposento, y por medio de un cabo de hilo que procurarás no estrechar demasiado al atarle la planta, la colgarás del alfiler, ó clavito, en lugar de este.

A los pocos días los tallos se inclinarán para enderezarse luego, y todos los capullos se abrirán

del mismo modo que si la planta no hubiese sido arrancada del sitio en que naciera.

Otras plantas y flores se mencionan en la *Jardinera de salon*, que no exigen mas gastos ni trabajo que el oropíno ó la rodiola, y que pueden adornar bonitamente los mas elegantes salones, en competencia con otras flores de alto precio.

Ya lo ves, amable lectora, hay flores para todas las personas sin escepcion, para las ricas y para las pobres; para las que no vacilan en sacrificarles una cantidad de dinero, y para las que no puedan desprenderse de algunas sumas pequeñas, por mucha que sea su pasión por ellas.

Así lo probaremos como podrás ver, si quieres tomarte la molestia de seguir prestando tu atención á lo que diremos

en este tratadito de *Jardinera de salon*, cuya corta lectura procuraremos que te sea agradable, y lo será de seguro, pues hallándote entre flores, te hallarás entre hermanas, y estarás, por lo mismo, como en familia.

Arreglada al español por F. N.



Traje de campo. Traje de paseo.

MODAS.

Traje de paseo.—Vestido de fular crudo, cuya falda de gran cola lleva dos volantes tableados, encima de los cuales va una rucha de la misma tela con vivos iguales á las bandas. La falda se cubre de bieses superpuestos y cruzados en forma

regular; dos bandas de raso bronce completan el adorno y se unen con el cuerpo coraza, el cual vá abierto sobre un chaleco también de faya, y termina con faldon-levita. Rucha de crespon. Sombrero de paja blanca, forma María Antonieta, adornado con plumas blancas y guirnalda de rosas.

Traje de campo.—Valencias blancas y faya núa. Falda redonda adornada con un vo-

lante tableado y otro que cierra los delanteros. Grandes pliegues adornados de faya núa cruzan la falda en biés. El pliegue superior va forrado y dispuesto en forma de *panier*. El cuerpo de punta redonda, lleva un gran peto de faya. Sombrero Tallien de paja de arroz adornado con terciopelo negro y amapolas.

EDITOR, SALVADOR MANERO.

SUSCRICION Y VENTA, LEONA, 13. ADMINISTRACION, LAURIA, 82, BARCELONA.

Imp. de Manero.